

LAS AMOROSAS MÁS BRAVAS

Poca gente imagina lo que ocurre cuando las **trabajadoras sexuales envejecen**. Ni ellas. **La Casa Xochiquetzal**, un albergue único en Latinoamérica y probablemente en el mundo, les brinda hogar. **Está en México.**

ESCRIBE CELIA GÓMEZ RAMOS FOTOS BÉNEDICTE DESRUS

Nadie pensaría que quienes habitan este albergue, asentado en el Centro Histórico de la Ciudad de México, han comerciado amor alguna vez... o aun hoy. Eran, o son, trabajadoras sexuales mayores de 55 años que vivían en la calle.

Aunque varias de las residentes de la Casa Xochiquetzal se conocían, nunca pensaron ser amigas, pues siempre compitieron por los clientes. Probablemente tampoco hoy lo sean, porque al habitar un mismo techo, convivir no ha sido fácil. La supervivencia las hizo bravas.

Son sabias, divertidas, buenas narradoras, de imaginación vigorosa y no se dejan. El refugio, abierto en 2006, ha posibilitado la reflexión y conocer las historias, aprendizajes y sueños de las 24 mujeres que hoy lo habitan.

YO NO ME CASO

A Norma no le gustaba ir a

confesarse y su mamá le decía que tenía el diablo en el cuerpo, pero el día que se atrevió a contarle por qué, su madre le soltó unos latigazos mojados, que se cincelaron en su piel de niña. Solo cuando el hermano pidió: “Ya no le pegue, que es cierto, a mí el padre me baja el cierre del pantalón y me toca el pisirrín”, la madre paró y fue a reclamarle al sacerdote que, cínicamente, juró que se casaría con ella de no ser tan pequeña, recuerda Norma a sus 59 años. Tenía 10 entonces.

Cuando lo cuenta, deja ver con su amplia sonrisa la fractura de sus dientes frontales, que quedaron en ruinas luego de una pelea, pero no de aquellas de lucha libre en las que participó unos años con el mote de ‘La Sombra’ –aunque ella es muy blanca–, sino en un bar de Garibaldi (sitio tradicional de fiesta y mariachi), porque “yo era muy pleitera”, confía orgullosa. Y no es la única marca corporal permanente, pues ha

tenido más vidas que un gato, aunque su animal favorito sean los perros, porque son más fieles, dice.

Nacida en una población de Jalisco que hoy no llega a los 6 mil habitantes, en la naturaleza y el campo, Norma se supo libre. Siempre fue tragona y rellenita. Le gustaba acompañar a su papá a sembrar y los juegos rudos, pues solo tuvo hermanos varones. En el ‘llanito’ –un prado– se reunían los chicos, lazaban de la panza a algún becerro vecino y a montarlo hasta caer. ¡Vaya diversión! Aprendió que cuando doliera “en lugar de llorar, me reía”, relata frunciendo el entrecejo, seguido de una risotada. La mamá optó por vestirla con pantalón, camisa a cuadros y pañuelito en la bolsa para limpiarse el sudor; adiós a la falda, con esa se le veían los calzones.

El refugio, abierto en 2006, ha permitido conocer las historias y sueños de 24 mujeres.

Un día llegó a casa un cerdito y la niña lo adoptó. “Pancita, pancita”, le pedía, y ‘El Güero’ –así lo nombró–, restregaba su costado en la pared, gracioso. Esa fue su mascota hasta que su madre le festejó su cumpleaños 10 con un pozole [guiso de maíz y carne de cerdo]... La niña hubiera preferido comer solo frijoles.

Antes de ese cumpleaños, un amigo de pelota de sus hermanos, pero de 26 años, se ofreció a acompañarla de la escuela a su casa; la aventó a la ladera, la tiró de sus trenzas y le rasgó falda y pierna con una navaja. Su hermano venía más atrás y al alcanzarlos, aquel se fue corriendo. Norma solo acertó a gritar: “Allá va, allá va”, cuando el hermano ya agarraba una vara y se la azotaba por haber provocado al amigo, que en el careo aceptó la violación. Igual



FUNDADORA.

Victoria llegó a la Casa Xochiquetzal desde sus inicios. Se crió entre varones, pues desde los cuatro años trabajó en el campo. Es divertida, de lengua feroz, pero también distante.

AMIGAS DE LA VIDA.

'Normota' y Canela se conocieron trabajando en la calle. Norma llama con cariño a su amiga 'monstruo de maldad'. Ambas se ayudaban a 'curarse' la parranda.



UNA VISITA INESPERADA.

Canela parece una niña caprichosa mientras pasea al perro, aferrada pero también tierna. Dejó las faldas cortas, ahora solo usa largas.



que el sacerdote, dijo: Me casaría con ella si no estuviera tan chiquita. “Yo nunca me voy a casar”, pensó entonces Norma, y lo cumplió.

En solo un año, Norma tenía en su haber las huellas del sacerdote, el ultraje del amigo, los golpes del hermano y el despojo de la mascota por parte de su madre.

LA CASA ES SUYA

Hace tres años, Norma vive en la Casa Xochiquetzal, albergue que representa la unión de esfuerzos entre el Gobierno del Distrito Federal, que prestó el inmueble y proporciona los alimentos; así como mujeres intelectuales y del ambiente artístico que, incentivadas por una sexoservidora, Carmen Muñoz, crearon una asociación civil que recibe donativos de la sociedad.

En este lugar se da techo, alimento, atención médica y psi-

cológica, al tiempo que actividades recreativas, y se procura una vejez digna, merecida por todos, a mujeres que se dedicaron al trabajo sexual, comenta su directora, Jéscica Vargas González. Y en este tiempo, al menos 250 mujeres han podido ser apoyadas, desde proveerlas de sus documentos de identidad para tener derechos. Las mujeres tienen reglas sencillas, como asistir a los talleres que

LA CASA EN UN LIBRO

- La autora de estas fotos es la francesa Bénédicte Desrus, interesada en proyectos sociales.
- Celia Gómez es cronista y narradora mexicana.
- El 2014 presentarán un libro sobre la Casa Xochiquetzal. Más datos en: Vocesdecasaxochiquetzal.com

se realizan. Son libres de continuar trabajando en la calle o emprender un pequeño negocio. Hoy duermen y sueñan, protegidas por paredes que en otro momento fueron el Museo de la Fama, una construcción del siglo XVIII, entre los barrios de La Merced y Tepito.

EL QUE NO ENSEÑA NO VENDE

Tienen tan pocas pertenencias, que conservan lo mejor en su memoria. Mucho tiempo vivieron en hoteles. Dinero para comer, dinero para pasar la noche.

Canela regresó a su hogar – la Casa Xochiquetzal –, luego de haberle querido dar una oportunidad al amor, a los 72 años. Es muy conocida y respetada en La Merced. Ahora usa faldas largas, pero a los 45 eran cortas. “El que no enseña no vende”, comentaba. Hoy sale con un carrito de supermercado a vender dulces, para hacerse

de sus afeites personales; falso sería decir que ya no son vanidosas. Norma y Canela se conocieron en la calle, trabajando, y curiosamente se hicieron amigas. Canela acompañaba a Norma a ‘curarse’ la parranda.

Raquel era mesera, pero no le alcanzaba y un día resolvió “dedicarse al tacón”, platica. Le gusta bailar, cantar y es buena para el verbo. Hoy anuncia prendas en un puesto de ropa; ayuda a su novio de 32 años; ella tiene 70.

Para Victoria, la Casa Xochiquetzal es una victoria, justamente. Se crió entre varones, pues desde los cuatro años trabajó en el campo. Pronto se apropió del lenguaje de los caballeros y se hizo buena para el albur. Tiene un ojo verde y otro café desde que la operaron de cataratas, y pasó tiempo para que lo notara, pues hoy, ya casi no se detiene a mirarse en el espejo. Tiene 80 años. Es di-



PATIO ABIERTO. Interior de la Casa Xochiquetzal, antes Museo de la Fama, una construcción del siglo XVIII.

vertida y alegre, de lengua feroz, pero también cuidadosa, distante; pues si de niña fue sometida, de casada también, ya después “me liberé”, señala.

Mientras Marisol acumula letras, porque escribe poemas, Margarita gusta de los peluches. Conchita borda para echar a volar su imaginación y Sonia lee el libro vaquero, desafiando al mundo al ser parapléjica. Leticia acumula horas de yoga matinal, y Norma, si no está mal de salud, pues tiene problemas del corazón, visita el parque San Fernando, sus “oficinas”, dice orgullosa.

Algunas de ellas son madres y nunca hubieran pensado en abortar. Va contra su naturaleza, aunque sus hijos no las entiendan, cuando incluso tuvieron que mantener con su trabajo, el sexual, al hombre con quienes los parieron.

Sus personalidades son reacias y unas no se hablan mu-



Victoria



Jimena



Reynita



María Guadalupe



VIVIENDO EN COMUNIDAD.
Las residentes se reúnen semanalmente para ponerse de acuerdo en las necesidades del albergue. **ABAJO:** Canela duerme y también sueña: quiere poner un pequeño negocio de venta de dulces.

cho, se respetan. Para ellas vivir es mantenerse en guardia. Aunque si te abren su corazón, son sabias y cariñosas.

MÁS VIDAS QUE UN GATO

Norma no sabe por qué ha sido callejera, por qué nada la detiene, “si en mi casa me trataban bien”, se repite. Sonríe a la menor provocación, es bastante maternal, y no se maquilla. Usa pantalones y camisas holgadas, como cuando niña. Y así como sus dientes delanteros la abandonaron en su pleito en Garibaldi, Norma abandonó el hogar un día y se fue a los Estados Unidos. Partió a los 14 años.

Regresó un 10 de mayo con margaritas para su madre, quién las tomó y tiró al suelo. Norma se sintió tan mal, que a los 17 años se fue de nuevo y buscó trabajo de mesera en las zonas rojas de las poblaciones. Así empezó. Un tiempo hasta tuvo su bar, y afirma: “he tenido todo, pero la mera verdad



todo lo perdí por las mujeres”.

De su primer amor, Arturo, nació una niña. Él era travesti. Norma se dio cuenta que el placer no se lo prodigaban los varones, sino las mujeres. Así se sentía segura. Aunque para “champear con el cuerpo”, solo varones, refiere.

‘La güera’, ‘La jefa’, ‘El gordo’, ‘La sinaloense’, ‘La Sombra’ o ‘Normota’, son algunos de los nombres en su trayecto vivencial, aunque no figuren en su acta de nacimiento.

El apodo de ‘La juguitos’ se lo pusieron en la cárcel, a donde llegó acusada de robarse un jugo. Desde muy joven probó la marihuana, la cocaína y por un tiempo no supo de ella. Logró dejarlas. Por eso y más, Norma tiene más vidas que un gato... Hoy vive en la Casa Xochiquetzal.